



ALFONSO VII.

La lámina que vá al frente de este número representa la coronacion de un rey, cuyo nombre ha pasado á la historia cubierto de aplausos. Hijo de Alfonso VI y de Doña Urraca, aclamáronle los pueblos por rey, tal vez para cortar la guerra civil encendida entre sus padres. Y en verdad que el tierno infante no desmintió en lo sucesivo el buen concepto que sus súbditos habian formado de sus excelentes dotes y temprano valor. Hubo sin embargo quien se opuso á entregarle la ciudadela de Leon; pero el jóven monarca la tomó por asalto, contentándose con desterrar á los caudillos de aquella rebelion tan infundada como poco temible.

Resuelto á vengar la derrota que los árabes hicieron sufrir á los cristianos en la célebre batalla de Uclés, reunió un brillante ejército, y cercado de la flor de la nobleza que quiso pelear al lado de un monarca tan valiente, penetró en las montañas de Sierra-Morena, asolando el pais por donde pasaba. De este modo recorrió las Andalucías, derrotando á cuantos moros le salieron al encuentro.

De vuelta á sus estados entró en el reino de Aragon, tomó las plazas situadas al sur del Ebro, y después de ser recibido como rey en Zaragoza, regresó á Leon, donde fué proclamado emperador.

A poco le declararon la guerra García Ramirez, rey de Navarra, y Alfonso Enriquez, príncipe de Portugal; pero el monarca castellano les obligó á que le demandasen la paz, y habiéndosela otorgado, pudo dedicarse de nuevo á luchar contra los infieles. Lo mas notable de aquella campaña, que acrecentó mas y mas la gloria de Alfonso, fué la toma de Almería, plaza que los moros creian inexpugnable. Bloqueáronla por mar las escuadras del rey de Aragon, del duque de Mompeller y las repúblicas de Génova y Pisa, y Alfonso la asaltó por tierra, pasando á cuchillo la guarnicion, y apoderándose de un gran botin que repartió entre sus aliados.

Varias otras campañas sostuvo contra los sectarios del islamismo, y en todas ellas alcanzó honra y prez, tanto por su nunca desmentido valor, como por su gran prudencia, hasta que acometido de una violenta enfermedad, murió en la Fresneda, dejando á su hijo Don Sancho la Castilla, Burgos, Vizcaya y Toledo, y á su otro hijo Don Fernando, el reino de Leon, Asturias y Galicia.

Don Alfonso ha pasado á la posteridad no solo con el renombre de valiente y esforzado, sino con el de magnánimo y clemente, lo cual, queridos niños, vale mas que los otros títulos que le ha dispensado la historia. Siempre piadoso y blando, nunca se ensañó contra sus enemigos, contentándose, si eran rebeldes sub-

ditos, con quitarles los medios de llevar á cabo su rebelion, para perdonarles despues, y limitándose, cuando tenia que luchar contra los hijos de Mahoma, á despojarles de sus fortalezas, enarbolando en sus almenas el estandarte de la fé.

TODO POR SU PADRE.

Dirigid vuestras miradas á un aposento adornado con ese lujo de detalles que suele encontrarse en las casas de los vecinos bien acomodados en los pueblos de algun vecindario. La ventana estaba abierta, y delante de ella mirando las risueñas orillas de *Cuerpo de Hombre*, se veia un personaje de cincuenta años, tendido en un sillón de brazos, y en cuya frente brillaba el último rayo de sol que iba á desaparecer en el horizonte.

Al observar como procuraba tentar en el aire, y al ver los marcados movimientos de sus músculos, cualquiera diría que era ciego, aun antes de notar el terrible velo de la catarata que cubria uno de sus ojos, pues, por lo que hace al otro, lo habia perdido enteramente el infeliz anciano de la ciudad de Bejar.

—Señora Policarpa, dijo á una mujer de edad bastante avanzada, ¿tardará el sol en dejarme hoy?... A estas horas debe ofrecer una vista magnífica nuestro río, que corre entre dos orillas cubiertas de gigantescos castaños, llevando sus claras aguas á las ricas fábricas que contiene nuestra poblacion; ¿no es cierto que el río es como yo lo describo?... Ah! no hay ningun pintor que conciba la naturaleza como los pobres seres que en otro tiempo la han admirado, y ahora no son, como se dice generalmente, sino pobres ciegos!

—Sí, Don Vicente, el río es como V. lo pinta, y no parece sino que vé V. nuestras altas colinas.

—Las veo, sí, pero es en el espejo de los recuer-

:

dos.... Me parece que estoy ahora en el camino de Salamanca.... ¿no lo han variado?

—No, siempre está lo mismo.

—Ah! todos los veranos iba yo á esperar á ese hijo ingrato que hace dos mortales años me abandonó cruelmente, dejándome solitario en mi noche eterna de ciego: y sin embargo, aun podia haber vida para mí, pues cuando la voluntad del cielo nos arrebatara la luz, que es, por decirlo así, el alma de la existencia, no nos arrebatara todas nuestras sensaciones; lejos de esto, desarrolla todas las del espíritu, todas las del corazón!... El ciego sabe amar, bendecir, perdonar mejor, y se hace mas delicada y sensible la percepcion de los sentimientos que le rodean. Una mujer es un ángel de caridad para un ciego! una hija es un ángel de esperanza! un hijo la fé, la fuerza que protege á uno, sosteniéndole y animándole! Y yo no tenia mas que un hijo cuando la sombra vino á cubrirme con su benda, y ya vé V. como me ha abandonado, pretestando que iba á seguir sus estudios, siendo así que solo pensaba en saciar su sed de independencia.

—V. no debe acusar á su hijo, porque tiene buen corazón, y sus cartas,....

—¿Cartas, señora Policarpa? menos frases y mas pruebas.... Además, ¿cuántas cartas he recibido? Seis, de Salamanca, de Alcalá de Henares y de Madrid. ¿Qué es lo que ha hecho en esas poblaciones? Cuando le he preguntado acerca de esto, me ha dado respuestas vagas y llenas de orgullo, me ha hablado de su carrera, lo cual es un pretesto egoista y cruel!

De repente se abrió una puerta á la izquierda, y el pobre ciego se levantó de su sillón, extendiendo hacia adelante sus manos inquietas y temblorosas.

A poco tocaron sus manos una cabeza, y cayó en su asiento exclamando con delirio:

«Bendito sea Dios!»

—Padre mio! murmuró un jóven, y se arrojó á los pies del ciego, bañándolos con sus lágrimas.

II.

Ocho dias despues se presentó en casa del anciano un forastero, y Carlos Caracena manifestó á su padre que era un oculista de gran habilidad, cuyas maravillosas curaciones habia presenciado él mismo. Un instante despues llamó el pobre ciego al facultativo, y le dijo:

—Caballero, mi hijo acaba de hablarme de la habilidad que posee V. para extraer la catarata, y basta que él me lo haya dicho para que sea cierto, pues no gasta palabras inútiles cuando se trata de la existencia de su padre. Esta dolorosa ceguera me tiene sumergido en una noche profunda, y aunque oculto á los demas lo que sufro, no puedo ocultármelo á mí mismo. «La luz, Dios mio! la luz!» Este es el grito que á cada momento se escapa del fondo de mi alma, y de consiguiente, con tal que mi hijo no sepa nada hasta que la operacion esté hecha, me pondré en manos de V. con la mayor tranquilidad.

El forastero fué en busca de Carlos, y le dijo:

—Su padre de V. está dispuesto á sufrir la operacion,

Carlos se puso horriblemente pálido, y solo contestó:

—Mañana á las diez.

Aquella noche buscó el ciego un pretexto para enviar á Carlos al inmediato pueblo de Candelario, donde debia permanecer todo aquel dia. Sin embargo, aun no habia partido á la mañana siguiente, pues á eso de las ocho salia de la iglesia de oír misa.

Llegada la hora, Don Vicente esperaba en su cuarto, sentado en un sillón, cuando entró el forastero. Le seguia Carlos, y cerró la puerta con llave.

—V. no está solo, dijo el ciego.

—Es un practicante el que me acompaña; pero no me haga V. ninguna pregunta, porque esto es muy importante para la operacion.

Carlos y el forastero se miraron en silencio, y en

seguida este se acercó al ciego, puso una benda en una silla inmediata, y colocó la cabeza del enfermo en una almohada.

Entre tanto, Carlos abrió un estuche de cuero, sacó el instrumento con que debía hacerse la operacion, hizo la señal de la cruz, cruzó las manos sobre el pecho, alzó al cielo los ojos, murmuró una corta oracion, y empuñando el acero, se acercó á su padre pálido pero tranquilo.

Sí, Carlos iba á hacer la operacion! Carlos iba á procurar devolver la luz al que le habia dado la vida! El hijo ingrato que habia abandonado á su padre para estudiar, trabajó en secreto, buscó lecciones, halló ejemplos, y al fin llegó á hacerse célebre batiendo la catarata. Entonces corrió á la casa paterna, y en el momento supremo en que iba á salvar á su padre, ó á undirlo para siempre en un abismo de tinieblas, la grandeza de su amor le prestó la presencia de espíritu indispensable para salir bien de tan delicada operacion.

Al fin cae el velo de la catarata, y el anciano vé la luz: pero al instante le puso la benda en los ojos el forastero, porque la congestion cerebral, que suele sobrevenir al que sufre esta difícil operacion, podia ser muy funesta á Don Vicente si hubiera visto á su hijo.

No tardó en recobrar enteramente la vista del ojo derecho, y entonces fué cuando lo supo todo, enterándose de que el forastero era un amigo de Carlos que le ayudaba en sus operaciones quirúrgicas.

Pocas tardes despues, sentado Don Vicente entre la señora Policarpa y su hijo, se extasiaba contemplando el magnífico paisaje que ofrece en la primavera y el verano la ciudad de Bejar, cuyos pies lame su abundante rio, llevando la riqueza al seno de aquellos industriosos habitantes. El sol empezaba á declinar dorando la copa de los frondosos árboles, y siguiendo el anciano con la vista las vueltas y revueltas de las tranquilas ondas, á través de las colinas y bajo espesas arboledas, murmuró estas sentidas palabras: «Carlos, á

estas horas nos lanza Dios desde el cielo piadosas miradas, apartando sus ojos del padre para fijarlos en su hijo. Bendigámosle mañana y tarde porque nos ha dado, á mí un alma sensible, y á tí un corazón noble y generoso!»

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE JUDÁ.

I.

Reinado de Amasías.—Su impiedad.—Su castigo.

Muerto Joas, subió al trono Amasías su hijo mayor, y lo primero que hizo fué castigar á los asesinos de su padre. Al ver la conducta que seguía al principio de su reinado, podía creerse que se haría digno de los favores del cielo, tanto mas cuanto que se ocupó por espacio de doce años en mantener la paz en Judá.

Pero al cabo de este tiempo abandonó unos principios tan sabios, y como el reino de Israel hubiese empezado reinando Joas á reponerse de las humillaciones que habia sufrido, Amasías miró con ojos de envidia sus triunfos.

Reunió su ejército, que se componía de trescientos mil combatientes, y marchó contra los idumenses que se habian rebelado en varias ocasiones.

Los idumenses habitaban un país montañoso, en el cual era preciso sitiarnos como si fuese una plaza fortificada.

Derrotados en un sitio, se hacían fuertes en sus rocas; y temiendo Amasías no poder dominar á semejantes enemigos, pidió socorro á Joas, rey de Israel, el cual le suministró cien mil israelitas.

Cuando Amasias iba á emprender la campaña, le dijo un profeta del Señor :

« Rey de Judá, no permitas que las tropas de Israel acompañen á las tuyas en la expedición del Idumeo, porque nada tiene que ver el Dios que tú adoras con el de los idólatras israelitas, y tu alianza con ellos te será funesta. No creas que el éxito de una empresa depende de la multitud de soldados y de la fuerza de los ejércitos; acuérdate de que Dios es el que puede conceder la victoria, ó inspirar el terror que hace huir á los mas valientes.

Amasias siguió este consejo, y despidió á los israelitas, los cuales se marcharon descontentos, porque creyeron que los despreciaban.

Esta conducta agradó al Señor, el cual permitió que Judá alcanzase una victoria importante contra sus enemigos. Diez mil quedaron muertos y otros tantos fueron hechos prisioneros, huyendo los demás á sus montañas.

Usando de una crueldad inaudita, Amasias mandó que los prisioneros fuesen conducidos atados á la cima de una roca, y los arrojasen desde allí desde el primero hasta el último.

En el botín cogido á los enemigos, se encontraron figuras de oro y plata del Dios que adoraban los impíos. Todas ellas pasaron al poder del rey, y este las adoró, las ofreció incienso, y olvidó por ellas al Señor que le había dado la victoria.

Dios le envió un profeta que le dijo :

« Rey de Judá, qué dioses preferís al de vuestros padres? os defenderán esos ídolos que no pudieron salvar á sus antiguos adoradores?

— Qué tienes tú que ver en esto? respondió el rey, á quien había deslumbrado el triunfo hasta el extremo de hacerse insolente. No hables cuando no se te consulta, ó pagarás tu temeridad con la vida.

— Desgraciado monarca, dijo el profeta al marcharse, os dejo, puesto que así lo mandais; pero el cielo ha

pronunciado vuestra sentencia, y ha resuelto que murais.

Desde aquel día empezó á declinar la fortuna de Amasias, y á poco volvieron no como amigos sino como enemigos los israelitas que se habian ido descontentos, y devastaron las tierras de Judá, llevándose un botín inmenso.

Amasias pidió á Joas una satisfaccion; pero este no quiso dársela, y declarada la guerra, cayó prisionero Amasias.

Joas entró triunfante en Jerusalem, llevando cautivo y atado al rey de Judá. Derribada casi toda la muralla de la ciudad, fueron presa del vencedor los vasos sagrados que se conservaban en el templo.

Jerusalem sufrió el yugo de Israel por espacio de quince años, y queriendo evitar Amasias la indignacion que habia causado al pueblo su cobardía, huyó en secreto, refugiándose á Lachis; pero le mataron en esta poblacion.

Donde quiera alcanza á los culpables la justicia de Dios, debiendo causar espanto á los impíos el castigo que reciben.

II.

Osias. — Joathan.

Osias, que apenas tenia diez y seis años, sucedió á su padre, y empezó por rodearse de hombres instruidos y virtuosos, cuyos consejos pudiesen guiar su inesperienza. El Señor, que le amaba á causa de su piedad, le envió el profeta Zacarías, cuyas virtudes excitaban la veneracion del pueblo de Jerusalem.

Osias, guiado por él, alentó su reino, organizó su ejército, edificó un arsenal, y todo lo dispuso para rechazar á sus enemigos.

En seguida animó la agricultura, promugó leyes sabias, y procuró destruir el culto de los ídolos.

Osias exterminó á los enemigos de Judá, y entre otros á los filisteos, pueblo temible en todos tiempos para los hijos de Jacob, á los árabes y á los amonitas.

Mientras vivió Zacarías, Osias vió á su reino poderoso, á sus pueblos felices, y vencidos á sus enemigos; pero muerto el santo varón, olvidó que debia á Dios aquella gloria, aquella grandeza, aquel lustre y aquel poder.

El mismo quiso desempeñar las ceremonias del culto del Señor, con desprecio de las reglas establecidas, y Dios le castigó cubriendo su frente de una lepra espantosa.

A los cuatro años murió de vergüenza y dolor, habiendo reinado cincuenta y dos, durante los cuales elevó el poder de Judá hasta la mayor altura.

Sucedíóle su hijo Joatan, y reinó diez y seis años, rigiendo á su pueblo con tino, y practicando el culto del verdadero Dios.

III.

Achaz.

El reinado de Achaz, sucesor de Joatan, es una larga série de crímenes é impiedades que acarrearón al reino de Judá toda la cólera del Señor.

Osias y Joatan habían destruido el culto de los dioses falsos; pero él lo restableció, quemando incienso en todas partes en honra suya.

No se hizo aguardar mucho tiempo el castigo de este crimen, pues Rasin, rey de Siria, le declaró guerra, teniendo Achaz, vencido y obligado á huir, que abandonar al vencedor todos sus tesoros.

Fraseo era entonces rey de Israel, y aprovechándose del estado de estupor en que se encontraba Achaz, puso en campaña un ejército, yendo en busca suya. El rey de Judá fué vencido, y vió á su hijo asesinado por los enemigos. Fraseo asoló el país, destruyó las mie-

ses, incendió las poblaciones, y volvió á su reino con un botín inmenso, y doscientos mil esclavos.

Al ver reducido su pueblo á la última extremidad, el Señor olvidó sus culpas, y determinó salvar aquella muchedumbre condenada á sufrir todas las crueldades de un vencedor implacable.

Un profeta llamado Oded se presenta delante del ejército victorioso, lo asusta con sus amenazas, y le espanta mostrándole la cólera de Dios, pronta á herirle sin piedad.

Los oficiales y soldados ceden á su voz, sueltan los prisioneros, y les devuelven todo el botín con que se habian enriquecido.

Algunos de los señores principales de la tribu de Efraim condujeron aquella turba hasta Jericó.

Esta lección terrible no hizo impresion alguna en Achaz, el cual continuó su vida de impiedades y de crímenes.

Pero aun no estaban satisfechos los reyes de Siria y de Israel, pues necesitaban nuevos triunfos.

Los dos reyes aliados sitiaron á Jerusalem, y viendo Achaz que no podia defenderse solo contra tan terribles enemigos, pidió socorro á Teglathfalsar, rey de Asiria.

La desesperacion se habia apoderado de la ciudad sitiada, y el Señor en su inagotable bondad se compadeció de las desgracias de su pueblo, enviando al profeta Isaias con su hijo Jasub para que viese á Achaz.

«Príncipe, le dijo el profeta, Rasin, rey de Siria, y Fraseo, rey de Israel, se han unido para exterminaros. Esta alianza de Israel con un príncipe enemigo de Dios, le será funesta, pues hé aquí las palabras del Señor.

«Jerusalem, la reina de las ciudades, no será esclava de Damasco ó de Samaria; no serán Rasin ni Fraseo los que reinen en Judá.

«Ved hasta donde llega la bondad de Dios! no solo quiere libraros, sino daros seguridades que calmen vuestras alarmas. Pedid, pues, ó milagros en la tierra, ó prodigios en el cielo.»

El impío Achaz respondió al profeta:

«No pediré al Señor una prueba de su protección, porque esto sería mostrar desconfianza. Tengo tratos con el rey de Asiria, y espero que Dios bendecirá esta alianza.»

Isaias comprendió toda la impiedad de esta respuesta, que contenía una duda injuriosa, y exclamó:

«Rehusais una muestra palpable de la protección de Dios.... pues bien! os da lo que no me pedís, lo que no mereceis. Escuchad mis palabras.

«Una vírgen concebirá, dará á luz un niño, y este niño crecerá al lado de su madre. Antes que llegue á la edad de la reflexión, serán destruidos los dos reinos que hoy os aterran, y sus reyes perecerán. Y vos, rey de Judá, vos que habeis preferido la alianza del rey de Asiria á la del Señor, vereis á este poderoso monarca degradar vuestra corona, humillar vuestra casa, y aniquilar vuestro pueblo.»

Peró el sitio continuaba, y la ciudad atacada se defendía con encarnizamiento. Por aquel tiempo vino al mundo el niño cuyo nacimiento habia anunciado Isaias; creció, y el pueblo aguardó con ansiedad el efecto de las predicciones del santo varón.

El rey de Asiria cayó de repente sobre la Siria, y levantando el sitio de Jerusalem, solo pensaron los dos reyes en proteger su reino contra aquel terrible enemigo.

CONSECUENCIAS DE UNA MUCHACHADA.

Era el mes de Julio de 1841, y los reflejos de púrpura y oro que ya brillaban en Oriente anunciaban que el sol iba á aparecer en el horizonte, y á devolver á la tierra, todavía húmeda con el rocío de la noche, el calor y la luz. Sin embargo en las calles de Alcalá de Henares aun reinaba el mas profundo silencio, pues entregados sus vecinos al sueño, no se notaba ningun sig-

no de vida, ningún indicio de movimiento y actividad.

De pronto interrumpieron el universal sosiego los pasos precipitados y la conversacion de dos individuos que se dirigian á las afueras de la poblacion. Luego que dejaron atrás la última casa, tomaron una senda hácia la derecha del camino que conduce á Guadalajara; mas de repente se paró el uno, y dirigiéndose á su compañero, le dijo:

—¿No ves unos bultos allá abajo? sentiría que hubiesen llegado antes que nosotros.

—Ellos son, contestó el otro.

Y ambos militares, pues los dos llevaban uniforme y charreteras de capitán, apresuraron el paso, acercándose á poco á otros dos oficiales que se hallaban en un bosquecillo.

—Algo ha tardado V., dijo á uno de los recién llegados un hombre como de treinta años, de elevada estatura y con uniforme de teniente de caballería.

—No hay tal, replicó aquel á quien se dirigia esta reconvenccion; nuestra cita era para las tres y media, y son las tres y veinte minutos. Por lo demás, todo está dispuesto, y pronto habrémos terminado nuestro asunto.

Cual era el motivo que á aquellas horas llevaba á semejante sitio á dos oficiales acompañados de sus amigos? Sin duda lo habrán adivinado nuestros tiernos lectores: tratábase de un duelo; pues los dos militares habian tenido una reyerta en el café, y despues de injuriarse mutuamente, convinieron en que se batirían á la mañana siguiente.

Y por cierto que no era una cuestion insignificante la que iban á ventilar los dos oficiales, pues, al contrario, era muy grave y serio el motivo de su disputa. El teniente Olavide era un militar bizarro que se habia batido con gloria distinguiéndose en muchas acciones, por lo cual si no habia tenido la suerte de alcanzar la otra charretera, á lo menos llevaba el pecho cubierto de cruces. Olavide era un valiente en toda la extension de la palabra; pero tenia el defecto de hablar á cada

paso de sus gloriosos hechos de armas, celebrándose á sí mismo, y poniendo en las nubes su valor. Cual no sería pues su enojo cuando un día supo que no faltaba quien habia hecho correr la voz de que era un fanfarron, y ni siquiera habia visto las balas enemigas! Furioso el teniente, procuró averiguar el origen de semejante calumnia, y supo, con motivo ó sin él, que su amigo el capitán Travado era el autor de esas voces sembradas en descrédito suyo. Verle, insultarle, provocarle y darle una cita, todo fué obra de un momento, siendo este el motivo de hallarse dispuestos á batirse dos militares bizarros, unidos hasta entonces con los lazos de la mas estrecha amistad.

Se convino en que el desafio sería á pistola y á veinte pasos de distancia, y conociendo los padrinos que hubiera sido inútil procurar atraer á los dos adversarios á la razon, midieron el terreno, y cargaron las pistolas. Olavide debia tirar primero, pues así lo dispuso la suerte, y ya apuntaba á su contrario, cuando de repente llega corriendo un mancebo de quince ó diez y seis años, coge el brazo del teniente, le arrebató el arma fatal, y exclama:

—No, no se batirán VV.

Pintaros el asombro, la exasperacion de los militares, sería cosa imposible. Sus palabras eran amenazas, y el presuntuoso jóven se vió rodeado inmediatamente; pero inaccesible al temor, repitió con voz firme y segura:

—No, no se batirán VV., pues yo lo evitaré mientras me quede un soplo de vida. Cómo! por algunas palabras mas ó menos ofensivas traban VV. un combate cuyas consecuencias pueden ser terribles para ambos? Pertenece á VV. acaso la vida que comprometen con tanta ligereza? pueden VV. disponer de ella segun su capricho? y si uno de VV. sucumbe hoy, Dios no le pedirá cuenta muy severa de su conducta?

—Dejémonos de sermones, dijo el oficial á quien el mancebo habia desarmado de un modo tan brusco. Da-

me la pistola, y déjanos tranquilos, porque no estamos para oír necesidades.

—Es decir, señores, que el honor exige que dos oficiales valientes se levanten la tapa de los sesos por algunas palabras picantes proferidas sin mala intención? Yo no entiendo el honor de esta manera. Saben VV. lo que manda el honor á hombres valientes y pundonorosos? Permanecer en su puesto, hasta el día en que sea necesario volver á luchar en defensa de su patria ó de las instituciones. Además, no tienen VV. familia, una madre, una hermana á quien la muerte de su hijo y de su hermano reduciría á la desesperación?

La cólera, el amor propio ajado, el orgullo irritado, raras veces se apagan ante las reflexiones sacadas únicamente de los sentimientos morales y de las ideas metafísicas. Así es que ambos oficiales insistieron en llevar á cabo el desafío, y viendo el mancebo que todos sus esfuerzos eran inútiles para impedirlo, se retiró á un lado, contemplando en silencio los funestos preparativos.

Mas cuando ya iba á empezar el duelo, salió de su apatía, y sin cuidarse de las consecuencias que podría acarrearle la revelación que iba á hacer, se acercó á Olavide, al cual dijo:

—Una palabra, señor teniente: conozco el motivo de este desafío como van VV. á ver: se ha esparcido una voz injuriosa para V., pues se ha dicho que ha conseguido V. esas cruces por intriga, puesto que ni siquiera ha visto el fuego.

—El que ha dicho eso ha mentido, y sostengo de nuevo que es un infame calumniador, exclamó el oficial lleno de cólera.

—Permítame V. que le diga que el señor no es el culpable, pues es amigo de V., es su compañero, y le ha visto pelear mas de una vez con arrojo y bizarría. El único culpable soy yo!

—Eso no es posible, qué motivo, qué interés....

—Ha sido un capricho, un antojo por charlar, y na-

da mas. V. tiene la manía de exaltar á cada momento sus hazañas, manía que admite disculpa, tratándose de un militar tan distinguido como lo es V. El otro día, cuando V. hablaba con tanto calor de lo bien que se portó en la gloriosa accion de Luchana, estaba yo allí con dos amigos míos muy aturridos, los cuales me sugirieron la idea de jugar á V. una mala pasada, y picar á lo vivo su amor propio, esparciendo la voz que V. sabe.

—Cómo, tunante, tú eres el que lo has dicho?

—Sí, y el culpable se arrepiente y pide perdon. Siento amargamente mi imprudencia, no solo por las fatales consecuencias que ha podido traer, sino á causa del sentimiento que he causado sin duda á un oficial tan valiente.

Nuestros lectores adivinarán sin trabajo cual fué el efecto de semejante revelacion. Los oficiales se dieron la mano, y abandonaron el campo de batalla, ahogando sus mútuas quejas con los vasos que apuraron en casa de la patrona del teniente, donde almorzaron en compañía de sus padrinos y algunos otros amigos.

En cuanto al jóven, luego que vió el feliz resultado de aquel negocio, se escabulló con presteza, y penetró en la ciudad, dichoso por haber podido reparar una indiscrecion digna de censura, aunque solo fué hija de una muchachada.

